

Resumen de la Meditación Sal de la tierra

Esta primera meditación se llama **“La sal de la tierra”**; *“Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se la salará?”* (Mt 5, 13). Cuando Jesús quiso definir la identidad de sus discípulos, no utilizó imágenes grandiosas. No dijo, vosotros sois los poderosos del mundo, ni vosotros sois los vencedores de la historia. Dijo algo mucho más humilde y misterioso: **«vosotros sois la sal de la tierra»**.

¿Qué tiene la sal para que Jesús la haya elegido como metáfora de lo que es un seguidor suyo? Sabemos que una comida puede tener muchos ingredientes, pero si carece de sal resulta insípida. Del mismo modo una sociedad puede alcanzar grandes avances técnicos, económicos y científicos, pero si pierde el sentido de Dios termina perdiendo el sentido último del hombre. Recordad lo que afirma uno de los documentos de la Iglesia ⁽¹⁾ promulgado por el Papa Pablo VI (1965): **«El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»**. En cuanto quitamos a Dios de nuestro horizonte, no sabemos hacia dónde caminar.

La sal es pequeña, silenciosa, es casi invisible. No atrae la atención sobre sí misma, sin embargo, cambia todo lo que toca. Por eso, **Cristo no envía a la Iglesia a dominar el mundo, sino a darle sabor. No a sustituir al mundo sino a transformarlo desde dentro. No a vivir separado de la humanidad, sino inserto en ella como la sal en los alimentos**. No somos del mundo, pero estamos en el mundo y, por tanto, todo nos afecta.

¿Y cuál es el sabor de esta sal? Vivimos en una época caracterizada por una profunda crisis de significado. **Hay abundancia de medios para vivir mejor, pero muchas veces escasean las razones para vivir, en las que el ser humano se experimenta a sí mismo con una enorme soledad interior**. Precisamente ahí aparece la misión evangelizadora. El cristiano recuerda al mundo que la existencia tiene sentido, que hemos sido creados por amor, que **Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, que la muerte no tiene la última palabra, que la felicidad verdadera existe**. **«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»** (Juan 10, 10).

La evangelización consiste en gran medida en devolver al mundo el sabor de esta Buena Noticia. San Agustín escribe: *«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»* (Confesiones libro I) (—en una casa de Agustinas misioneras no podemos dejar de invocar a San Agustín—😊). También nos lo recuerda San Ignacio de Loyola: *«El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma»* (Ejercicios Espirituales, Principio y fundamento [23]). **Toda evangelización auténtica ayuda al hombre a descubrir esta verdad**.

La sal preserva de la corrupción. En tiempos de Jesús la sal servía principalmente para conservar los alimentos, no sólo para darles sabor, sino conservarlos. **Por eso los Padres de la Iglesia vieron en esta imagen una referencia a la lucha contra la corrupción moral y espiritual**. Cita de San Juan Crisóstomo: *«así como la sal sirve también para preservar a los alimentos de la corrupción, la Iglesia tiene por misión preservar a los hombres de la corrupción del pecado, transmitiéndoles la sabiduría de Dios y conservándolos en la novedad del Evangelio»* (homilía 15 sobre el evangelio de san Mateo). **Por eso la Iglesia no puede limitarse a acompañar pasivamente las tendencias culturales. El evangelizador nunca busca agradar, busca amar, y amar incluye anunciar la Verdad**. Dice san Pablo a su discípulo Timoteo: *«Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo»* (2 Tim 4, 2).

Otra característica de la sal es que desaparece para transformar. **Cumple su misión desapareciendo**. No se queda separada del alimento, se mezcla con él, se entrega, se consume. Así debe de ser la Iglesia y el evangelizador. No evangelizamos desde la distancia; evangelizamos tocando la realidad, porque eso hizo Dios: **«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»** (Jn 1, 14). Porque el mayor peligro para la evangelización no es la persecución, ni el ateísmo, ni la indiferencia. **El mayor peligro de la evangelización es la mediocridad, el ser mediocre, ser insignificante**. En definitiva es perder la identidad, quedarse soso como sin alma.

San Pablo VI afirma: *«Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»* (Evangelii Nuntiandi, 1975). Ser cristiano es ir a la identidad. Es **SER** más que **HACER**. El **SER** te envía, te impulsa y te motiva para **HACER**. No es una actividad secundaria, es su razón de ser. Y San Juan Pablo II expresó esta famosa frase: **«La fe se fortalece dándola»** (Redemptoris Missio, 1990). El cristiano que se encierra en sí mismo termina debilitándose y por tanto debilitando a la Iglesia. San Pablo también nos recuerda: *«Hay más alegría en dar que en recibir»* (Hch 20,35).

Benedicto XVI insistió repetidamente en que el mundo necesita testigos creíbles en la fe. En un viaje apostólico a Alemania en 2011 afirmó: **«La verdadera crisis de la Iglesia en el mundo occidental es una crisis de fe»**. Cuando

desaparece la fe viva desaparece también la capacidad evangelizadora. La santidad es la forma más poderosa de evangelización. El **Papa Francisco** comienza su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (2013), diciendo: «**la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús.**»

El escritor pagano Celso (s. II), atacaba a los cristianos y los autores cristianos escribían contra Celso para defenderse. Pero ¿qué es lo que le molestaba tanto a Celso? Le desconcertaba que no tenían poder, ni dinero, ni influencia política y sin embargo crecían sin parar. Eso es lo que le molestaba a Celso ¿por qué? Porque la gente veía algo diferente. Veían familias distintas. Veían amor al enemigo. Veían fidelidad matrimonial. Veían caridad con los pobres. Veían esperanza frente a la muerte. Y acababan preguntándose ¿quién es el Dios de esa gente? Desde luego que no se parecía al dios que ellos adoraban, ni al emperador. El obispo San Cipriano de Cartago (252 d.C.), en tiempos de una epidemia organizó grupos para cuidar a enfermos –*cristianos y paganos*–; y muchos cristianos murieron a causa de los contagios, **pero aquella entrega impresionó tanto a la sociedad que miles pidieron el bautismo.**

La madre Teresa de Calcuta cuando un periodista le preguntó ¿qué podemos hacer para cambiar el mundo? Ella respondió: «**Vaya a su casa y ame a su familia.**»⁽²⁾ La madre Teresa iba a lo más sencillo pero a lo más contundente. **Si quieres cambiar el mundo, cambia tú y tu entorno.** Entonces, ¿cómo ser sal hoy en día? Pues ser sal hoy significa vivir una vida coherente. Porque en gran medida hemos caído en la trampa en la que nos quería meter la sociedad secularizada, hacernos creer que la fe es sólo del ámbito privado. **La Iglesia será fecunda cuando sea más santa.** No cuando se adapte al mundo para confundirse con él, sino cuando conserve el sabor del Evangelio, vocación que se adapta a cualquier estado de vida, a la persona soltera, al que es misionero, al matrimonio cristiano, a la vida consagrada, al sacerdocio. **Ser sal en el estado de vida que toca vivir y que engloba a todos los bautizados.**

En el antiguo rito del bautismo⁽³⁾, antes de la reforma litúrgica de 1964 del Concilio Vaticano II, el sacerdote ponía un poco de sal en la boca del infante, para significar que, así como la sal preserva de la corrupción, le preserve Dios de la corrupción del pecado.

Me gustaría ir un poco más allá del concepto de sal con algo que posiblemente no sepamos. ¿Sabemos que la sal, en el Antiguo Testamento tiene una relación muy estrecha con el sacrificio? En el libro del Levítico 2, 13, dice: «**Toda oblación la sazonarás con sal; no permitirás que falte nunca la sal de la alianza de tu Dios en ninguna de tus oblaciones; todas tus ofrendas llevarán sal.**». Toda ofrenda presentada a Dios llevaba sal porque simbolizaba la incorruptibilidad de la alianza. La sal impedía la descomposición, era signo de fidelidad, de permanencia y eternidad. En el libro de los Números 18, 19, dice: «**Todo lo reservado de las cosas santas (...), es una alianza de sal, para siempre, delante del Señor, para ti y tu descendencia.**». O en el libro Segundo de Crónicas 13, 5, afirma que el Señor dio a David el reino de Israel para siempre mediante una **alianza indestructible.**⁽⁴⁾ Significa una alianza irrevocable, para siempre. Por tanto, cuando un judío del siglo I escucha a Jesús afirmando «**Vosotros sois la sal de la tierra**», no pensaba primero en condimentar la comida, **pensaba en la sal unida al sacrificio en el altar.**

Orígenes, Padre de la Iglesia del siglo II-III, observa que Cristo no dice que los discípulos "tienen" sal, sino que en su esencia son sal. Es decir, ellos mismos se convierten en la ofrenda agradable a Dios. Por tanto, evangelizamos porque nos ofrecemos. Antes de ser apóstol, el cristiano se ofrece como sacrificio. **Antes de anunciar se deja consumir.** Quizás una de las grandes pobreza actuales sea que queremos transformar el mundo sin aceptar ser transformados nosotros. **Queremos cambiar estructuras, pero Cristo quiere comenzar cambiando corazones.**

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.



*Resumen de la Meditación "Sal de la tierra" del Retiro Espiritual
Dirigido por D. Antonio Manuel González Salvador.
19-21 junio 2026
Casa de Espiritualidad santa Mónica*

(1) Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (sobre la Iglesia en el mundo actual) nº 22, Concilio Vaticano II.

(2) En 1979 cuando recibió el Premio Nobel de la Paz

(3) El rito de echar sal al infante antes del Concilio Vaticano II se conocía como la "imposición de la sal". Se realizaba en el atrio, antes de que el niño/a entrara al templo, y servía como un símbolo de preservación contra el pecado y de la adquisición de la "sabiduría divina". Este gesto tenía una liturgia muy específica dentro del *Rituale Romanum* tradicional: El sacerdote tomaba un poco de sal previamente bendecida. Depositaba una pizca de esta sal directamente en la boca del bebé. Al hacerlo, pronunciaba en latín la frase: "Accipe sal sapientiae: propitiatio sit tibi in vitam aeternam" (Recibe la sal de la sabiduría; se para ti propiciación para la vida eterna).

(4) En el original hebreo ברית מלח = berit melaj : Alianza de sal.